

Aproximaciones a la historia de la vida cotidiana en Inglaterra, 1850-1940

Iohn K. Walton

La «historia de la vida cotidiana» no es una expresión de uso común o actual en la historiografía inglesa. Esto puede resultar sorprendente, dado que fueron profesores ingleses los que promovieron desde diversas perspectivas el estudio formal de la política popular, la cultura de la clase obrera, las estrategias de supervivencia, las organizaciones laborales, las familias, las comunidades e instituciones locales, sentando las bases para el desarrollo de propuestas semejantes, y para la búsqueda de temas paralelos en otras partes. Sin embargo, el grueso de la investigación y las publicaciones sobre historia social, cuyos contornos serán posteriormente delimitados en este artículo, no ha recibido una denominación conjunta, ni ha generado ningún apuntalamiento teórico sistemático. Esto no es de extrañar, dado el notorio desprecio de los investigadores ingleses en general, y quizá de los historiadores en particular, por las teorías grandilocuentes y los razonamientos deductivos, pero deja al autor de un artículo como éste en la singular posición de escribir sobre una idea que no ha sido expresada bajo una determinada denominación.

1. Los movimientos History Workshop y Alltagsgeschichte.

La aproximación más cercana a los asuntos a tratar la proporciona el concepto (y movimiento) alemán *alltagsgeschichte*. En 1989, Geoff Eley lo describió como «la novedad más importante de la últi-

ma década en la historiografía de Alemania Occidental», por su desafío a los análisis históricos centrados en la alta política y en las interpretaciones estructurales. Se intentaban recuperar las circunstancias materiales, los modos de vida, los valores y experiencias de la gente corriente tanto en el mundo del trabajo como de la pequeña burguesía, subrayando los modos en los que visiones alternativas del mundo y sistemas de valores extraoficiales podían sostenerse y afirmarse en contra de culturas ostensiblemente dominantes, que para los historiadores son más sencillas de analizar. Se abrieron vías de investigación tanto académicas como populares que definieron este complejo movimiento. Las investigaciones que se elaboraron estuvieron particularmente interesadas en que partiendo de experiencias individuales, de pequeños grupos y localidades -miniaturas históricas-, se conectara con los ámbitos más amplios de las ideas y de la acción políticas, sobre todo para intentar comprender la conformidad y la resistencia populares al Tercer Reich. Este proyecto no quedó, por lo tanto, reducido al redescubrimiento de modos de vida anteriores, con todos los riesgos de anticuarianismo que eso conlleva, sino que fomentó a su vez una línea política partiendo de la capacidad de los individuos para construir su propia historia dentro del marco restrictivo que les rodea, hasta intentar nutrir esta consideración con una apreciación más sutil y detallada de las funciones políticas de la nación-estado y de la construcción de nociones en torno a la identidad nacional ¹.

El movimiento *alltagsgeschichte* se sirvió abiertamente de ideas inglesas, y sobre todo del trabajo de E. P. Thompson, al igual que de las tradicionales aportaciones inglesas de la historia de la clase obrera o popular, que se hallaban ya en grandes vías de desarrollo cuando el movimiento alemán comenzó a hacerse notar a comienzos de los ochenta. Me he referido a este tema al inicio del artículo, dado que las características que se le atribuyen coinciden en gran medida con el trabajo británico del que me voy a ocupar, aunque este último caree de la atribución de una identidad común (con todo lo amplia que pueda resultar en la práctica en el caso alemán). Lo que viene a

¹ ELEY, G., «Labor history, social history, *alltagsgeschichte*: experience, culture and the politics of the everyday - a new direction for German social history?», en *Journal of Modern History*, núm. 61, 1989, pp. 297-343; CREM, D., «Alltagsgeschichte: a new social history "from below"», en *Central European History*, núm. 22, 1989, pp. 394-407. Gracias a Lynn Abrams por esta referencia.

continuación se centra en el trabajo de investigadores ingleses (y algunos americanos) en torno al período que comprende la segunda mitad del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial, sobre temas que se hacen eco del extenso proyecto *alltagsgeschichte*, aunque en la mayoría de los casos, por no decir en todos, sus orígenes ingleses lo precedieron e influenciaron. Dentro del marco de producción más amplio de estos temas pueden destacarse dos identidades colectivas, aunque es imposible separarlas analíticamente, y la segunda es una entidad menos coherente, si cabe, que la primera. Estas identidades son la «historia del pueblo», asociada al movimiento de los History Workshop, que supuso una influencia formativa para el *alltagsgeschichte* en Alemania, y la «historia desde abajo» o la «historia de abajo arriba».

History Workshop comenzó en Oxford a finales de los sesenta, en estrecha relación con el Ruskin College, que impartía cursos a sindicalistas y preparaba el acceso de activistas de clase obrera a la enseñanza superior. History Workshop generó asambleas regulares cuya fuerza anárquica se hizo legendaria, y pronto empezó a publicar panfletos basados en el trabajo de estudiantes del Ruskin College, normalmente bajo la tutela de Raphael Samuel. Algunos de estos panfletos, como el de Alun Howkins sobre las diferentes maneras de observar la festividad de Pentecostés en el siglo XIX en el marco rural del condado de Oxford, resultaron ser los primeros pasos hacia eminentes carreras académicas ².

En 1976, el movimiento había acumulado suficiente confianza en sí mismo y los recursos necesarios para publicar su propia revista, la cual, tal y como lo anunció el colectivo editorial, «irá dirigida a los elementos fundamentales de la vida social: la cultura material y el trabajo, las relaciones entre clases y la política popular, las divisiones de sexo y el matrimonio, la familia, la escuela y el hogar». Estas cuestiones habrían de ser coordinadas con una visión de conjunto del capitalismo, el cual iba a suministrar un marco de interpretación, y se anunció un compromiso para la democratización de la historia, llevándola más allá del mundo académico y haciéndola accesible a la gente corriente ³. En base a la prioridad que se dio a la historia feminista dentro de este contexto, hubo contribuciones especiales por

HOWKINS, A., *Whilsun in nineteenth-century Oxfordshire*, Oxford, 1970.

³ *History Workshop Journal*, núm. 1, 1976, p. 1.

parte de Sally Alexander y Anna Davin abogando por la transformación de la comprensión del sistema de producción, la política y la cultura de la clase trabajadora, la lucha de clases y el desarrollo del Estado de bienestar. Mientras tanto, Raphael Samuel y Gareth Stedman Jones señalaron la necesidad de examinar críticamente la relación entre historia y sociología ⁴.

Podemos constatar, al menos de modo retrospectivo, una serie de posibles tensiones entre una historia del pueblo idealmente accesible, que celebrara la experiencia y actividades populares, y un compromiso con la teoría socialista que pondría en peligro esa accesibilidad e inmediatez. Cuando se llevó a cabo la sexta publicación, en 1978, los riesgos en ambos extremos eran demasiado evidentes. Se publicaron simultáneamente, por un lado, el ataque althusseriano de Richard Johnson al supuesto culturalismo de la versión del marxismo de Thompson -que habría de provocar una serie de polémicas feroces confusamente redactadas y una asamblea de confrontación en el History Workshop de Oxford celebrada en una antigua iglesia, donde la apropiada figura eclesiástica de Stephen Yeo presidió a una agitada multitud- y, por otro, el relato de Arthur Exell sobre su vida laboral en Morris Motors en los años treinta. Esta enmarañada y desenfocada amalgama de recuerdos de Exell hizo pocas concesiones a las nociones de mayor pertinencia o significado, y los escasos conceptos útiles que contenía, apenas compensaron el esfuerzo de leer el enrevesado texto. Era como publicar una historia oral transcrita en su totalidad, y, aunque en cierto modo se trataba de la auténtica voz del pueblo y de un producto narrativo con todo el derecho a ser oído y tomado en serio, era complicado decidir qué hacer con él ⁵.

Con todo, siguieron brotando nuevos enfoques. Los primeros escalones de la historia oral como una adecuada herramienta histórica, especialmente para recuperar aspectos ocultos de la vida y pensamiento de aquellos que hasta ahora habían permanecido mudos en términos del relato histórico, se describieron en un artículo de fondo en 1979.) no desdeñándose sus posibles dimensiones políticas. La misma publicación contenía otro artículo de fondo sobre el valor potencial de la reconstrucción de sociedades locales y la búsqueda de la historia urbana a escala del vecindario e incluso de la calle. En él, Jerry

⁴ *Ibid.*, pp. 4-8.

⁵ *History Workshop journal*, núm. 6, 1978, pp. 79-100 Y52-78.

White hizo una sensible evocación realizada de la vida y costumbres en «la peor calle del norte de Londres», la barriada conocida como Campbell Bunk. Este fue uno de los primeros ejemplos del género de microhistoria que llegaría a ser particularmente prolífico en fomentar modos de interpretación de la vida de los trabajadores urbanos y de los marginados económicos a través de sus propias palabras, así como a través de las de los otros. Como este artículo de fondo dice:

el pueblo no se halla unido por el lugar -que es donde habita-, sino por las deudas, el parentesco, el empleo, las rivalidades, las pasiones. Lo que precisamos saber es de qué manera se consolidan las relaciones sociales a través de elementos comúnmente compartidos y de situaciones culturales.

A diferencia de la tradicional práctica de historia local inglesa que estudia lugares en su totalidad por su propio interés, aquí lo local fue la base para perseguir cuestiones de amplia significación a través del filtro minucioso e informado de una evidencia densamente tejida ().

Desarrollos posteriores han supuesto un compromiso cada vez más explícito hacia el feminismo y un interés creciente por el giro lingüístico, ambos introducidos por una editorial en 1980 cuyo programa abarcaba hasta la consideración de quejas puntuales sobre la dificultad de la propia terminología de la publicación, inflexión coincidente con el momento en que la teoría socialista, y quizá postsocialista, fue obteniendo el dominio sobre el compromiso original hacia la historia del pueblo ⁷. Este último no desapareció, pero fue paulatinamente eclipsado por otras modas, aunque el propio Samuel, en una revisión de 1991 sobre el desarrollo de enfoques lingüísticos en historia social, anticipó un retorno al hiperrealismo y, en términos de Foucault, al conocimiento local, que puede que anunciara el renacimiento de una variante altamente teorizada de la historia de la vida cotidiana ⁸.

En el History Workshop hubo algo más que asambleas y la revista, puesto que se publicaron una serie de libros impregnados con la filosofía del taller, así como monografías, ensayos y actas. Cuatro

⁶ *History Workshop Journal*, núm. 8, 1979, pp.1-111, Y WHITE, J, «Campbell Bunk, a lumpen community in London betwccn the wars», en *History Workshop Journal*, en ídem, pp. 1-49.

⁷ *History Workshop Journal*, núm. 10, 1980, pp. 1-5.

⁸ SAMUEL, H., «Heading the signs», en *History Workshop Journal*, núm. 32, 1991, pp. 88-109.

de los cinco primeros títulos se hallaban sólidamente cimentados en el paradigma de la historia del pueblo. Abordaban los siguientes temas: el trabajo y la cultura material en pueblos; el mundo del empleo y del amplio entorno de los trabajadores en industrias extractivas; los habitantes de una barriada de Londres, y la vida y circunstancias de un gángster en el East End de Londres. El quinto examinaba aspectos de la relación entre historia del pueblo y teoría socialista, que fue el marco de amargas disputas a finales de los setenta. Desde los inicios de los ochenta en adelante, el contenido de la colección se diversificó con un crecimiento continuado en la producción de libros que trataban en su mayoría, o por entero, de cuestiones teóricas, cada vez más ligadas al feminismo, la lengua y el tema de la representación. Libros tales como *Living the Fishing*, o capítulos y apartados en recopilaciones como *Metropolis: London*, conservaron el punto de vista original, pero éste era ahora uno entre varias perspectivas⁹. Tal y como sucedió con la revista, la historia del pueblo no fue descartada por completo, pero a comienzos de los noventa, si no antes, estaba siendo desplazada.

La historia del pueblo del movimiento History Workshop ha sido, de todas las expresiones inglesas de una historia de la vida cotidiana especulativa, la más articulada e influyente (sobre todo en Alemania). Sus sólidos vínculos socialistas deberían ser subrayados al integrar individuos y grupos del ala izquierda del Partido Laborista, así como sectores situados a su izquierda. Enclavada en otra corriente, la historia del movimiento obrero en Inglaterra ha tomado nota de la necesidad de situar el estudio de los conflictos y las costumbres en sus contextos, y aunque ello forma parte de sus preocupaciones, todavía no se ha avanzado mucho cara a incorporarlo al trabajo académico. Mientras tanto, la historia desde abajo ha resultado ser un fenómeno mucho más incipiente, sin un grupo organizado de partidarios (aunque en una ocasión la revista americana *Journal Of Social [list] OIY* entregó a los suscriptores de la misma camisetas con la máxima «historia de abajo arriba» y convenientemente adornadas con la parte intencionada -en este caso- de la anatomía femenina). El término denota poco más que una afinidad con la necesidad de analizar

⁹ THOMPSON, P., et al., *Living the fishing*, Londres, 1983; FELDMAN, D., YSTEDMAN JONES, C. (eds.), *Metropolis: London, histories and representations since 1800*, Londres, 1989.

historias de grupos sometidos y oprimidos, y coinciden con el criterio de que las responsabilidades de la historia social se hallan ligadas, sobre todo, al hecho de rescatar a esos grupos (en la rimbombante aunque hoy día trillada expresión de E. P. Thompson) de la enorme prepotencia de la posteridad ¹⁰.

A pesar de la carencia en la historiografía inglesa de historias de la vida cotidiana clasificadas y definidas (y esto se corresponde con los siglos anteriores a la mitad del XIX, así como con el período cubierto aquí), hay una abundancia de trabajos publicados sobre ternas que han sido reconocidos hasta ahora como dominantes en este proyecto. En particular, durante los últimos veinte años, el torrente de publicaciones interesadas en cómo vivían las comunidades locales, el trabajo, el ocio y la cultura populares, la experiencia de género y de las mujeres, la infancia y la educación, grupos específicos, así como actividades, instituciones y ternas a nivel de la clase trabajadora o de un más amplio espectro de lo popular, ha sido tan voluminoso que ha desbordado los límites de cualquier artículo o libro de tamaño manejable que intentara cubrir este campo. Lo que sigue a continuación es un intento de aclarar el funcionamiento de ciertos ternas clave de la producción historiográfica en relación con los asuntos del *alltagsgeschichte* o con el proyecto real y floreciente, pero a su vez ignorado e indefinido, de historia de la vida cotidiana inglesa que, como veremos, es capaz de abrazar lo político, a pesar de los lamentos (en ciertos casos justificados) de algunos de sus detractores ¹¹.

2. Fuentes para la historia de la vida cotidiana

En primer lugar, se debería decir algo sobre las fuentes. Una historia con semejantes prioridades necesita algo más que fuentes oficiales provenientes de los diferentes niveles de los archivos de la administración, los cuales recogen las versiones oficiales, a la par que expresan los corrosivos conflictos entre grupos políticos e intereses burocráticos. Tales fuentes pueden ser interpretadas a «contrapelo» y puede tenerse en cuenta, por ejemplo, la declaración de los testigos a las comisiones de investigación del Parlamento Británico como co-

¹⁰ PHINEAS, C., «Household pets and urban alienation», en *Journal of Social History*, núm. 7, 1973-4, pp. 338-43.

¹¹ WILSON, A., *Intellectual social history*, Manchester, 1993, pp. 26-9.

lecciones de transcripciones literales de testimonios orales. Y ello a pesar de haber sido recopiladas en base a criterios preestablecidos que necesitarían ser valorados en relación al objeto que se persigue con esta actividad y a la composición de la junta investigadora 12. Las viejas fuentes deben ser, desde luego, interpretadas de nuevas maneras, como sucede en el caso de las encuestas sociales y de los escritos de aquellos periodistas y novelistas en viajes de descubrimiento de otras culturas, que han sido definidos como exploradores sociales ¹³. Trabajos recientes han sugerido, en ocasiones, que todo 10 que podemos aprender de tales fuentes no es más que la naturaleza de las preocupaciones de sus recopiladores, cuyas hipótesis previas, miedos, modos de observación (o más filosóficamente, de contemplación) y convenciones lingüísticas, predeterminaron sus hallazgos 14. Puede que ésta sea una visión excesivamente pesimista. Los intereses característicos de los entrevistados se pueden hallar en los intersticios de la encuesta oficial, aunque pudieran haber confirmado ocasionalmente las preocupaciones de sus interlocutores. Lo que está claro es que las fuentes que los representantes de la historia de la vida cotidiana han tomado como propias quedan lejos de ser incuestionables.

Genéricamente, las fuentes en cuestión están dominadas por los periódicos locales, la historia oral y las autobiografías, aunque hay, por supuesto, un gran número de archivos particulares sobre temas y lugares específicos. El análisis detallado de la narración periodística ofrece inmejorables oportunidades de recuperar la estructura detallada de las actividades y conflictos locales. En particular, esto es así desde la segunda mitad del XIX, cuando los periódicos locales se multiplicaron, ampliando su difusión y profundizando sus contenidos, 10 que les permitió mantener una completa e intensa práctica informativa. Los informes periodísticos sobre los casos de tribunales han resultado ser especialmente provechosos, no sólo para aquellos estudiosos del crimen, policía y orden público, sino también para aquellos interesados en el papel de la familia, temas de género, el funcionamiento de los mercados laborales y las redes sociales del vecin-

12 RICHARDS, P., «The state and early industrial capitalism», *Past and Present*, núm. 83, 1979, pp. 91-115.

13 KEATING, P. J., *Into the Unknown England: selections from the social explorations*, Manchester, 1976.

14 MILYNE, A., *The imagined slum: newspaper representation in three cities, 1870-1914*, Leicester, 1993.

dario. Aspectos que se citan de pasada y referidos a otra cuestión, pueden suministrar una valiosa información sobre los temas antes citados 15. Asimismo, los periódicos dan una cobertura cada vez mayor acerca de puntos tales como pasatiempos populares y vacaciones, deportes, actividades sociales de diverso tipo bajo el amparo de lo religioso, sindicatos y actos culturales. El contenido y la presentación de estos materiales están, por supuesto, condicionados por las actitudes políticas y culturales de propietarios y editores, amén de por las expectativas de los lectores, por las convenciones discursivas que rigen la presentación de las diferentes noticias y por una serie de actitudes variables y mudables hacia lo que se considera de interés periodístico. Un estudio reciente ha descubierto que Edwin Butterworth, periodista independiente que proporcionaba sueltos de noticias a varios periódicos sobre la ciudad textil de Oldham, en Lancashire, modificaba los originales para ajustarlos a las expectativas y preferencias de sus clientes, con lo cual descripciones aparentemente opuestas de los mismos sucesos pueden remontarse hasta la misma fuente, cuya prioridad era, en este caso, su lucha personal por ganarse la vida 16. Debiera tenerse siempre en cuenta la capacidad de los periódicos para crear pánicos morales reclasificando o exagerando la importancia de actividades estigmatizadas; o la de crear una apariencia de novedad, bien empezando o dejando de informar sobre sucesos preexistentes; o la de generar un ilusorio sentido de continuidad por medio de la adopción de estilos informativos rutinarios para hechos corrientes. Pero sin este material, muchos de los temas de la historia de la vida cotidiana se verían empobrecidos o serían inviables 17.

La historia oral ha cobrado importancia como ventana a las vidas corrientes en el siglo XX, y, tras los proyectos pioneros de la década de los setenta de este siglo, que se concentraron en los supervi-

15 PHILIPS, D., *Crime and (Il)lOrily in Victorian England: the Black Country, 1835-1860*, Londres, 1977; ROSS, E., *Love and Toil: motherhood in outcast London, 1870-1918*, Oxford, 1993; CONLEY, C. A., *The unwriUen law: criminaljustice in Victorian Kenl*, Oxford, 1991.

16 WINSTANLEY, M., «News from Oldham: Edwin Butterworth and the Manchester press, 1829-48», en *Manchester Region History Review*, 11Jm. 4, 1990, pp. 3-10.

17 DAVIES, I., «The LOlddon garotting panic of 1862», en GATRELL, V. A. C., et al. (eds.), *Crime and the law*, Londres, 1980; WALTON, I. K., YPOOLE, R., «The Lancashire Wakes in the nineteenth century», en STOHCIL, R. D. (ed.), *Popular culture and cuslom in nineleenlh-century England*, Londres, 1982; BRAKE, L., et al. (eds.), *Investigating Victorian journalism*, Londres, 1990.

vientes de los años previos al inicio de la Primera Guerra Mundial, estudios recientes han desarrollado temas sobre el período entre-guerras, sobre la propia Segunda Guerra Mundial y, recientemente, sobre la postguerra¹⁸. La historia oral es una fuente como otra cualquiera, aunque es creada de manera más evidente por el investigador, el cual elige los entrevistados, señala los temas clave y condiciona (de manera notable) la naturaleza del testimonio por su forma de dirigir la entrevista. Parece bastante claro que entrevistadores distintos obtendrían resultados diferentes de los mismos entrevistados sobre la misma serie de preguntas, ya que la presentación que uno hace de sí mismo, el lenguaje del cuerpo, el género y el modo de preguntar, influyen en el criterio de los entrevistados sobre aquello que constituye una respuesta apropiada o aceptable¹⁹. Por ejemplo, Elizabeth Roberts muestra el papel del ama de casa como satisfactorio y enriquecedor para las mujeres en las diferentes ciudades de Barrow, Lancaster y Preston, en Lancashire. Ella aboga por el matrimonio como relación consensual idealmente basada en los ingresos del cabeza de familia masculino, y considera que el recurso al salario femenino en la vida conyugal normalmente es una desgraciada necesidad debido a la pobreza. La misma autora apenas encuentra evidencias de prácticas anticonceptivas, y da por supuesto que éste no es un dato a tener en cuenta en la reducción de la familia entre la clase obrera, al no admitir sus entrevistadas haber tenido una experiencia directa de interrupción del embarazo.

Por otro lado, Lambertz y Ayers descubrieron una elevada incidencia de conflictos domésticos y violencia en Liverpool, donde las mujeres trataban de aumentar sus ínfimos ingresos por medio de trabajos por horas y por su propia cuenta, que mantenían ocultos a sus maridos y generaban conflictos cuando su descubrimiento hería el orgullo masculino. Por su parte, Diana Gittins encontró a una serie de mujeres de Burnley, ciudad dedicada a la tejeduría del algodón, dispuestas a hablar sobre la práctica habitual del aborto como medio de

¹⁸ ROBERTS, E. A. M., *A woman's place: an oral history of working-class women 1890-1940*, Oxford, 1984; ROBERTS, E. A. M., YBEIER, L., «Family and social life in Barrow, Lancaster and Preston, 1940-70», proyecto de investigación, Universidad de Lancaster; LUMMIS, T., *Listening to history: the authenticity of oral evidence*, Londres, 1987.

¹⁹ BRIGGS, C. L., *Learning how to ask: a sociolinguistic appraisal of the role of the interview in social science research*, Cambridge, 1986.

control de la natalidad, aunque se mostraron reticentes a expresarse abiertamente sobre sus propias prácticas abortivas ²⁰. ¿Surgen estas diferencias a partir de oposiciones entre economías y sistemas de valores locales?; ¿o de las distintas aproximaciones, enfoques y caracteres de las entrevistadoras?; ¿o bien a partir de los diferentes modos de elección de los entrevistados sobre una multitud que ha sido ya mermada, quizás distorsionada, por la muerte, la migración, o la incapacidad de expresión y la desgana para hablar? Estos factores junto con el tamaño del cuestionario, el grado de formalidad del mismo y la relación entre éste y una estructura social más amplia, son cuestiones de debate interminable. Igualmente lo es la pregunta de cómo las operaciones de la memoria podrían afectar a lo que se recuerda, y de cómo se muestra este recuerdo, sobre todo si es filtrado por representaciones mediatizadas de los anteriores modos de vida. Lo que parece claro, sin embargo, es que la historia oral proporciona oportunidades sin precedentes para recuperar recursos ocultos, estrategias de supervivencia y modelos de comportamiento para las mujeres, en particular, y, sobre todo, para la vida en el hogar. El trabajo de Lyn Murfin sobre el ocio popular en el condado de Cumbria es un buen ejemplo de cómo la historia oral permitía revelar actividades de tiempo libre en las esferas privada y doméstica, así como prácticas ilegales tales como las peleas de gallos. Asimismo otros buenos ejemplos son el testimonio de Elizabeth Roberts sobre el papel de las autografías, la distribución de recursos compartidos, la pesca y el «vivir de la tierra» en las economías familiares de la clase obrera; o el estudio de Steve Humphries sobre el comportamiento sexual de la clase trabajadora, o bien el énfasis de Andy Davies en el carácter extraoficial y no comercial de gran parte del ocio de la clase obrera en los distritos más pobres de Salford ²¹.

Otro modo en que se utiliza hoy día la historia oral, en consonancia con la práctica de moda de la teoría literaria y los estudios culturales, es la reconstrucción de vidas individuales de forma autobio-

²⁰ HOBEHTS, *Woman's place...*; LAMBERTIZ, 1, y AYERS, P., «Marriage relations, money and domestic violence in working-class Liverpool 1919-39», en LEWIS, T. (ed.), *Labour and Love*, Oxford, 1986; GITTINS, D., *Fair sex: family size and structure 1900-39*, Londres, 1982.

²¹ MUHFIN, G. L., *Popular Leisure in the Lake Counties*, Manchester, 1990; ROBEHTS, *Woman's place...*; HUMPHRIES, S., *A secret world of sex*, Londres, 1988; DAVIES, A., *Leisure, gender and poverty*, Milton Keynes, 1992.

gráfica, que permite a los investigadores examinar la quebradiza y siempre cambiante naturaleza de las identidades individuales ²². La autobiografía escrita se ha convertido también en una fuente importante para los historiadores de la vida diaria de la clase obrera. El destacado proyecto de investigación de John Burnett, David Vincent y David Mayall ha recuperado, catalogado, clasificado y asimilado una colección imponente de autobiografías, rescatándolas de lo desconocido y lo ignorado, mientras Vincent, Carolyn Steedman y otros han intentado mostrar y dar sentido contextual a los escritos individuales ²³. La aparición de fuentes de este tipo ha tenido un crecimiento exponencial, negando a un grado casi desconcertante en estos últimos años, en los que pequeños editores locales ansiaban vender sus productos en el mercado de la nostalgia publicando volúmenes de recuerdos a un módico precio, algunos de los cuales fueron escritos bajo las mismas fórmulas convencionales que los medios de comunicación, y tienen poco nuevo o convincente que ofrecer. Han aparecido, por otro lado, una serie de piezas autobiográficas clásicas de entre las que destacaría (a pesar de la fuerte presencia de información retrospectiva en la presentación), la evocación de Robert Roberts de su infancia como hijo de un tendero en una barriada de Salford. Igualmente son destacables los dos volúmenes de Bin Naughton sobre su niñez y juventud como hijo de un minero católico irlandés en Bolton, en los que comenta temas que van desde los grupos callejeros hasta las actitudes populares hacia la homosexualidad (inesperadamente tolerantes), hacia la religión y hacia la percepción de los distintos estratos sociales ²⁴. Los diarios plantean problemas semejantes de tipismo, representatividad y de relación entre fantasía, construcción narrativa, autoexposición y dinámica actual de la vida cotidiana. El clásico problema de las fuentes lo han constituido a este respecto los diarios de Hannah Cullwick, una sirvienta doméstica que mantuvo una relación duradera con el caballero Arthur Munby, un poeta secundario que sentía fascinación por las mujeres de la clase obrera que realizaban trabajos sucios y confundían las ideas culturales vi-

²² STEEDMAN, E., *Landscape for a good woman*, Londres, 1986.

²³ BURNETT, J., et al. (eds.), *The autobiography of the working class: an annotated, critical bibliography*, 2 volúmenes, Brighton, 1984-7; BURNETT, J., *Destiny obscure*, Londres, 1982; VINCENT, D., *Bread, knowledge and freedom*, Londres, 1981.

²⁴ ROBERTS, R., *The classic slum*, Manchester, 1971; NAUGHTON, B., *On the pig's back*, Oxford, 1988; *Saintly Billy*, Oxford, 1989.

gentes sobre la feminidad. Hannah escribió sus diarios por orden de Munby, como parte de la relación entre ellos, y su valor de prueba histórica ha generado útiles discusiones sobre la consideración de los diarios como fuentes 25. La historia oral, las autobiografías y los diarios son fuentes cualitativas que nos ayudan a recuperar la textura de la vida cotidiana de los individuos, y nos ofrecen vías esenciales en el análisis de las cambiantes definiciones y modelos de representación de la propia identidad, que son parte del programa postestructuralista 26. No se prestan, sin embargo, al análisis cuantitativo a causa del tamaño de sus ejemplos y falta de representatividad.

Una fuente posterior, que ha proyectado su larga sombra sobre las historias de la vida cotidiana inglesa, la han constituido los *census enumerator's books*, que parecen prestarse a una cuantificación sofisticada por sí solos, o en combinación con otras fuentes tales como los *rate books*, que inscriben a todos aquellos cabezas de familia susceptibles de pagar los impuestos locales de la propiedad, o los *poll-books*, que registraron a los votantes y a los candidatos a los que apoyaron en las elecciones, antes de que fuera introducido el voto secreto en 1872 27. Desde 1841 hasta 1891, los *census enumerator's books* (libros de empadronamiento) intentaron inscribir a todas las personas calle por calle y distrito a distrito, y se recogieron también cuestiones personales relacionadas con el oficio, la edad, el sexo, el estado civil, la relación con el cabeza de familia, el lugar de nacimiento y los posibles defectos físicos de cada individuo (tales registros han de tener al menos cien años de antigüedad para poder ser consultados en Inglaterra). Todo esto nos proporciona un retrato instantáneo de la población, animando a los historiadores a reconstruir la estructura social y las relaciones familiares y del vecindario de cada localidad, a analizar la economía local, los ingresos familiares, las estrategias de supervivencia (tales como aceptar inquilinos) y el papel de las mujeres y los niños en todos ellos, y, finalmente, a sacar conclusiones sobre los modelos migratorios y las diferencias sociales en la ocupación del espacio. En particular, a finales de los setenta de este

25 STANLEY, L. (ed.), *The diaries of Hannah Cullwick, Victorian maidservant*, Londres, 1984.

26 JOYCE, P., *Democratic subjects: the self and the social in nineteenth-century England*, Cambridge, 1994.

27 JOYCE, P., *Work, society and politics*, Brightoll, 1980; NOSSITER, T. 1, *Influence, opinion and political idioms in reformed England*, Brighton, 1975.

siglo, hubo ciertos proyectos heroicos de investigación que abordaron estos temas, estudiando casos amplios por medio de las técnicas informáticas de vanguardia ²⁸. Estos planteamientos parecen haber quedado obsoletos en los últimos años, a pesar de que los libros de empadronamiento siguen siendo una herramienta básica de trabajo para todos aquellos interesados en temas que requieren una comprensión de los modelos ocupacionales, la migración y la organización del espacio urbano. La edad, como clave variable significativa en la historia social y a la que podemos acceder a través del censo, sólo se ha visto potenciada hasta ahora a través de la investigación de la infancia y del trabajo infantil que llevó a cabo Hugh Cunningham, así como por los estudios sobre la suerte de la tercera edad (¿hasta qué punto y hasta qué edad podemos hallarlos en instituciones?) ²⁹. Los libros de empadronamiento plantean evidentes problemas de interpretación y fiabilidad. Hay muchas omisiones e imprecisiones en las columnas referidas al empleo, y el problema de cómo clasificar estos puestos de trabajo ha complicado el estudio comparativo. También plantea serios problemas el uso de datos sobre el lugar de nacimiento para el análisis de la migración, dada la carencia de pruebas sobre qué sucedió en el lapso de tiempo comprendido entre el nacimiento de un individuo y su aparición en el censo. Además, una cosa es presentar los modelos obtenidos a partir del estudio de los datos del censo, y otra bien distinta es explicarlos o establecer su significado en contextos económicos y culturales más amplios ³⁰.

Tales cuestiones aparecen interesantemente tratadas en la conocida y clásica obra de Michael Anderson, *Family Structure in the nineteenth-century Lancashire*, uno de los estudios pioneros basado en los libros de empadronamiento y que trata los aspectos más destacados de la historia de la vida cotidiana, que se ha convertido en uno de los clásicos más comentados ³¹. Anderson trató de probar la creen-

²⁸ JOHNSON, J. B., Y POOLEY, C. (eds.), *The structure of nineteenth-century cities*, Londres, 1982; ANDERSON, M., *Family structure in nineteenth-century Lancashire*, Cambridge, 1971; *The 1851 census: a national sample of the enumerators' returns*, Cambridge, microtexto, 1987; ARMSTRONG, A., *Stability and change in an English county town*, Cambridge, 1974.

²⁹ CINNICILAM, B., *The children of the poor*, Oxford, 1991; THOMSON, D., «Welfare and the historians», en BONFIELD, L., et al. (eds.), *The world we have gained*, Oxford, 1986.

³⁰ HIGGS, E., *Making sense of the census*, Londres, 1989.

³¹ ANDERSON, M., *Family structure...*

cia común de que la Revolución Industrial de las fábricas algodoneras y las nuevas ciudades industriales habían desbaratado a la familia obrera y creado una atomística sociedad de población flotante de individuos cuya moral quedaba relegada al nexa monetario. Utilizando los libros de empadronamiento de 1851, descubrió que la ciudad de Preston -que él consideraba una típica ciudad algodonera (10 que es discutible)- reclutaba a la mayoría de sus emigrantes en distancias relativamente cortas, creando vecindarios adheridos entre sí en los que las familias permanecían juntas más tiempo que en el mundo agrario, y sólo una pequeña minoría de adolescentes hacía uso de su propia capacidad salarial para irse de alquiler. El estudio de Anderson sobre el significado cultural de los modelos de residencia y de la estructura doméstica, fue quizá tergiversado por su enfoque sociológico basado en una teoría del intercambio, que asumía que, debido a la industrialización, el comportamiento se veía gobernado por cálculos antes que por normas derivadas de la tradición o la religión. Otros estudios han sugerido que estas suposiciones eran demasiado simplistas, y que las obligaciones normativas seguían teniendo su influencia sobre el comportamiento desde el siglo XIX en adelante ³². En cualquier caso, la oposición entre norma y cálculo es falsa, y el comportamiento es más plausible que estuviera localizado en un cambio continuo que de asignarse a cualquiera de esos dos polos.

3. Temas y debates

Tal y como quedó visto al hablar de historia oral, los problemas asociados a la reconstrucción de los funcionamientos familiares han ido convenientemente al frente de la producción historiográfica dada la posición central del núcleo familiar en la vida de la clase obrera y la importancia de cuestiones de poder, género, procreación y adaptación al medio social a las que han dado lugar. El reciente intento de Joanna Bourke por mostrar las culturas de la clase obrera británica entre 1890 y 1960, comienza con *Class and Poverty* y sigue avanzando hasta examinar las actitudes hacia el cuerpo humano, para después observar los hogares, las familias y la vida doméstica; pero este interés por los individuos y su conciencia de identidad -algo

³² ROBERTS, E. A. M., *A woman's place...*; WALTON, J. K., «Lunacy and the Industrial Revolution», en *Journal of Social History*, núm.13, 1979-80, pp. 1-22.

que puede ser vital en un programa de historia de la vida cotidiana- sólo parece surgir como moda en los noventa³³ La esfera doméstica y los estados de ánimo en juego dentro del entorno familiar, con sentimientos que se mueven alrededor del amor, el sexo, el orgullo, la envidia, la ira, la solidaridad, la avaricia, las rivalidades y el luto, están empezando ahora a ser objeto de un tratamiento histórico formal, conjugando las posibilidades que ofrece la historia oral, con metodologías extraídas de la literatura, la lingüística y las ciencias sociales³⁴. Más allá de los intentos por recuperar y abarcar las complejidades de estos micromundos en los que las mujeres y los niños, en especial, pasan la mayor parte de su tiempo, las investigaciones han buscado con éxito poner de manifiesto el funcionamiento de los vecindarios y los lugares de trabajo habitual, y las interacciones entre estas esferas más amplias y aquellas del hogar y la familia.

Los mejores estudios realizados sobre localidades reconocen que en pocas ocasiones las expectativas de los observadores externos fueron las mismas que las de los observados. La esperanza idealizada de una comunidad de clase obrera, caracterizada por la ayuda mutua y la solidaridad, no está confirmada, debido a que las investigaciones han puesto al descubierto conflictos y rechazos internos, y asimismo han desvelado³⁵ que a veces era una presión sofocante para ajustarse a la ortodoxia dominante y variable de valores de decoro y comportamiento adecuado. Un magnífico estudio reciente que merece ser imitado es *Love and Toil*, de la profesora americana Ellen Ross, que ha ahondado, no sólo en la historia de la clase obrera de Londres, sino también en los debates de sus historiadores, incluidos los pioneros de los History Workshop, tales como Raphael Samuel y Anna Davin. Su estudio, con un importante soporte teórico y meticulosamente investigado, se construye desde la preocupación central por la maternidad, que es observada como un orden cultural y económico así como biológico, a partir de lo que analiza las economías domésticas, el matrimonio, el parto, el cuidado de los hijos, la forma de luchar contra las enfermedades y la función tanto de observadores externos como del Estado, en el período de 1870-1918. En este estudio no se ignoran los salarios, las estrategias de supervivencia y las di-

³³ BOURKE, J., *Working class cultures in Britain, 1890-1960*, capítulos 1-3, J.Londres, 1994.

³⁴ BOURKE, J., *Working class cultures* .

³⁵ BOURKE, J., *Working cultures* , capítulo 5.

versiones, y, a la vez, se muestra un retrato redondeado y temáticamente centrado de la vida de la clase obrera desde el punto de vista de la mujer ³⁶ (pero no exclusivamente). El subtítulo de este estudio, *Motherhood in outcast London*, recuerda no sólo al folleto contemporáneo que exponía las desdichas de los pobres, sino también al trabajo pionero de Gareth Stedman Jones, que reveló las complejidades del mercado laboral londinense y los resultados de la prevalencia de empleos temporales, eventuales y explotados de aquellos obreros que tenían que ganarse el pan día a día haciendo uso de todos los contactos y oportunidades a su alcance. Al igual que Ross, Jones observó la creación de imágenes sobre la clase obrera de Londres y los modos en los que éstas afectaron a la conciencia y los miedos de los más acomodados, y lo hizo en un lenguaje directo para conseguir un efecto notable previo a la llegada del conocido giro lingüístico ³⁷.

La obra de Ross hace uso de la amplia gama de fuentes de la historia de la vida cotidiana que ya han sido mencionadas. Además, incluye los registros de instituciones médicas y el problemático pero ineludible trabajo de los compiladores contemporáneos de informes sociales, en especial Charles Booth, cuyo monumental informe clasificatorio de la clase obrera de Londres ha estado recientemente sujeto a revisiones ³⁸. El estudio de Ross sobre los testimonios transcritos del tribunal proporciona fascinantes revelaciones acerca de la dinámica del conflicto doméstico, cuyo valor no debe estar supeditado al compromiso de haber sido recogido a partir de aquellos que acabaron mal. Su visión particular de cómo las canes y los vecindarios funcionaban como un microcosmos, está reforzada por el énfasis de Melanie Tebbutt sobre el papel del chismorreo -normalmente estigmatizado por la gran mayoría de los historiadores masculinos-, como árbitro necesario de valores morales y canal imprescindible de información: no se trataba de una pérdida de tiempo, sino de un principio organizativo esencial en la vida de la clase obrera ³⁹. Asimismo, se están llevando a cabo una serie de estudios valiosos sobre el efecto

³⁶ Ross, E., *Love and toil...*

³⁷ STEDMAN JONES, G., *Outcast London*, Oxford, 1971.

³⁸ BULMER, M., et al. (eds.), *The social survey in historical perspective, 1880-1940*, Cambridge, 1991; ENGLANDER, D., y O'DAY, R., *Mr. Charles Booth's inquiry: life and labour of the people in London reconsidered*, Londres, 1993.

³⁹() TEBBITT, M., «Gossip», en DAVIES, A., y FIELDING, S. (eds.), *Workers' worlds*, Manchester, 1992.

del reparto municipal de viviendas en los años del período de entreguerras. A este respecto se analizan los modos de vida de aquellos emigrantes provenientes de antiguos vecindarios de clase obrera más estables, que tuvieron que amoldarse a un espacio privado más amplio, con menos establecimientos sociales de fácil acceso (comercios, casas de empeño, bares, iglesias y capillas), distancias más largas entre el hogar y el lugar de trabajo, y gastos de transporte mayores, mientras que las estrategias de supervivencia en el interior de las ciudades fueron, a menudo, prohibidas por las autoridades o simplemente impracticables en la nuevas urbanizaciones de casas semiadossadas con rentas y gastos más elevados 40.

Antes de pasar a discutir la amplia y creciente producción literaria sobre los modos en que las clases obreras urbanas (en especial) intentaron crear sus propias historias bajo circunstancias ajenas a ellas, debería prestarse atención a los enfoques sobre el estudio de los niveles de vida a través del cálculo de los salarios reales, que siguen teniendo su importancia en Inglaterra -más de la que debiera- para los historiadores económicos. Sigue habiendo un debate constante sobre la controversia de los niveles de vida que surgió, en su forma actual, a raíz de la disputa entre Hobsbawm y Hartwell a finales de los cincuenta de este siglo, y que fue, en esencia, una prolongación académica de la Guerra Fría al interrogante de si los niveles de vida de la clase obrera habían mejorado o empeorado en el período comprendido entre el final del siglo XVIII y la mitad del XIX 41. Los más optimistas en este debate han buscado restringir sus términos de referencia a aquello que pudiera expresarse de modo cuantitativo en un índice, aunque contribuciones recientes han ampliado el cerco de tales variables intentando representar las tasas de desempleo de 1840 en base a las cifras retrospectivas de 1890, e incluso en base a medidas subrogadas que representarían la degradación ambiental 42. Las ecuaciones resultantes de estas operaciones han permitido a los op-

40 TUNNT, K., et al., «Women's lives in Wythenshawe», en DAVIES, A., y FIELDING, S. (eds.), *Workers' worlds...*; POOLEY, C., y IRISH, S., *The development of corporation housing in Liverpool 1869-1945*, Lancaster, 1984; DAUNTON, M. J. (ed.), *Councillors and tenants*, Leicester, 1984.

41 TAYLOR, A. J. (ed.), *The standard of living in Britain in the Industrial Revolution*, Londres, 1975.

42 LINDEHT, P., Y WILLIAMSON, J. E., «English worken; living standars during the Industrial Revolution», en *Economic Histoty Review*, núm. 36, 1983, pp. 1-25.

timistas alegar aumentos espectaculares en los niveles de vida de la clase obrera, sobre todo desde 1820 en adelante, pero éstos siguen siendo refutados por los pesimistas, en su mayoría de ideología marxista, que pusieron en tela de juicio la calidad y conveniencia de esos datos y la validez de la metodología. Los pesimistas apuntan hacia la necesidad de valorar los niveles de vida en base a los ingresos familiares, más que al salario del cabeza de familia masculino. Asimismo resaltan otros factores tales como la evidencia de crisis comerciales cada vez más virulentas, el paro, los empleos deficientes y la inseguridad laboral. Subrayan la necesidad de observar una conciencia de profesionalidad y orgullo en el oficio, además de una identidad laboral, y cómo ésta pudiera verse amenazada o debilitada por la innovación tecnológica o nuevos sistemas laborales; la importancia de la seguridad y la capacidad de proteger los niveles de vida a través de los sindicatos y otras organizaciones de ayuda mutua, y, finalmente, el significado de factores no cuantificables como la satisfacción familiar o el acceso al tiempo libre, el descanso, el aire puro y el campo. Gran parte de los trabajos ingleses sobre temas relacionados con la historia de la vida cotidiana han servido para dar respuesta al carácter notablemente reduccionista de los historiadores económicos, para quienes los salarios reales son la cuestión central, poniendo al descubierto las limitaciones de tales valoraciones ⁴³.

El objeto principal de estos debates, cuando se ha profundizado abiertamente sobre ellos, lo ha constituido el período clásico de la Revolución Industrial en Inglaterra, entre 1780 y 1850 aproximadamente (las fechas escogidas han sido importantes para algunos de los contertulios menos imaginativos). Pero estos mismos conflictos han surgido vivamente al intentar interpretar el alcance de los crecientes niveles de vida en relación a la caída de los precios a finales del siglo XIX, o el impacto de la crisis y el desempleo durante el período de entreguerras ⁴⁴. El problema específico que surge al valorar el ni-

⁴³ NEALE, R. S., *Writing Marxist History*, Londres, 1985; WALTON, J. K., *Lancashire, a social history 1558-1939*, capítulo 9, Manchester, 1987.

⁴⁴ TIUNT, E. TI., *Regional wage variations in Britain 1859-1914*, Oxford, 1973; GAZELEY, I., «The cost of living for urban workers in late Victorian and Edwardian England», en *Economic History Review*, núm. 42, 1989, pp. 207-21; CONSTANTINE, S., *Social Conditions in Britain 1918-39*, Londres, 1983; STEVENSON, J., *Social conditions in Britain between the wars*, Londres, 1977; GRAY, N., *The worst of times*. Londres, 1986.

vel de los salarios reales en las postrimerías del siglo XIX es la dificultad para definir la «cesta de la compra», que viene a constituir el presupuesto semanal. Los cálculos han tendido a estar basados en informes sobre el gasto de la clase obrera, que fueron realizados por investigadores de clase media, cuyos valores y consideraciones quedaron claras para los entrevistados, quienes evitaron sus críticas dejando mínima constancia del consumo de alcohol, espectáculos, tabaco y platos preparados tales como pescado con patatas fritas, y que otras fuentes señalan como importantes artículos de consumo 45. Se trata, por supuesto, de un problema general, pero parece haber tenido un papel importante en los debates sobre los finales del siglo XIX en Inglaterra. En definitiva, los cálculos sobre el salario real sólo proporcionan la introducción más básica y menos fiable a los auténticos asuntos en torno a los modos en los que las familias intentaron administrar sus ingresos y recursos, a menudo más complejos que el salario del único cabeza de familia, que fue generalmente el objetivo de sindicalistas y de obreros especializados 46.

Ciertamente, uno de los resultados más importantes de la aproximación a la historia de la vida cotidiana ha sido la deconstrucción y disolución de la cultura monolítica de la clase obrera, que Hobsbawm postulaba como emergente en Gran Bretaña a finales del XIX 47. Otro de sus resultados ha sido recordar a los historiadores la necesidad de recuperar el criterio subjetivo y la capacidad de acción de la clase trabajadora, a la vez que se hacen esfuerzos por entender los valores y las prioridades de trabajadores y consumidores que no siempre, y ni siquiera a menudo, se correspondían con las nociones de racionalidad económica y adecuación moral sostenidas por comentaristas contemporáneos o historiadores posteriores 48.

En primer lugar, hay algo más relacionado con el trabajo y el salario que lo que pudiera sugerir el interés constante de la historia de

45 DINGLE, A. E., «Drink and working-class living standards in England 1870-1914», en *Economic History Review*, núm. 25, 1972, pp. 608-22; CLINNINCHAM, J., «Leisure», en BENSON, J. (ed.), *The working class in England 1875-1914*, Londres, 1985; WALTON, J. K., *Fish and chips and the British working class 1870-1940*, Leicester, 1992; ODDY, D. J., y GEISSLER, C. (eds.), *Food, diet and economic change past and present*, Leicester, 1993.

46 SECCOMBE, W., *Weathering the storm: working-class families from the Industrial Revolution to the fertility decline*, Londres, 1993.

47 HOBBSBAWM, E. J., *Worlds of labour*, Londres, 1984.

48 BOURKE, J., *Working class cultures...*; ROSS, E., *Love and toil...*

los trabajadores por las huelgas y los conflictos particulares. La dignidad profesional en el puesto de trabajo y la cultura compartida de obreros especializados con sus rituales, costumbres extraoficiales y ceremonias de «tránsito» tanto en el empleo como en la vida privada, necesitan ser recordadas aquí, pero lo que el periodista coetáneo Thomas Wright definió como la vida interna de los talleres –Él mismo se autodefinía obrero– sigue siendo algo desgraciadamente difícil de comprender. Permanece opaco (tal y como lo expresa Clive Behagg), a pesar de ciertas transparencias ocasionales, como las suministradas por las investigaciones parlamentarias a fines de 1860 sobre el distintivo mundo de los fabricantes de herramientas de Sheffield ⁴⁹. Ciertos aspectos de la vida obrera aparecen a intervalos iluminados, como en la reconstrucción de Southall de la práctica del vagabundeo, a mediados del siglo XIX, por parte de mecánicos especializados en busca de trabajo de ciudad en ciudad. En este sentido, también nos sirven de ayuda las autobiografías, pero no es hasta el inicio de la historia oral cuando Alun Howkins, por ejemplo, puede transmitir el sentido de la naturaleza en el trabajo del agricultor. Quizás él es capaz de revelar aquí, de modo significativo, su propia experiencia ⁵⁰. Howkins y otros enfatizan, dentro de la tradición de los History Workshop, la importancia de una especialización real, aunque no formalmente reconocida, adherida a la conciencia popular del mérito y valía en el mercado laboral y se hace necesario considerar de manera crítica las divisiones convencionales entre trabajo especializado, semiespecializado y no-especializado ⁵¹. Este tipo de cuestiones fueron importantes en el marco de la fábrica de maquinaria en la que trabajaba Thomas Wright, donde a juicio de los obreros, los artesanos que habían recibido un aprendizaje, obtuvieron un asenso laboral mucho mayor y más rápido que el que pudieran alcanzar ellos. En cualquier caso, la especialización es en sí una construcción social y lingüística, fomentada en parte para controlar el mercado laboral ⁵².

⁴⁹ WRIGHT, T., *Some habits (fzd cusloms Ol the working classes*, Londres, 1867; BEHAGG, C., *Politics and producLion in lhe early nineleenth cenlury*, Londres, 1990; POLLARD, S. (ed.), *The She./Jield outrages*, Hath, 1971.

⁵⁰ HOWKINS, A., *Poor labouring men*, Londres, 1985; SOUTHALL, 11., «TlJe tram- ping artisan revisits: labour rnobility and econornic distress in early Victorian En- gland», en *Economic History Review*, núm. 44, 1991, pp. 272-96.

⁵¹ SAMIJEL, H. (ed.), *Village life and lahour*, Londres, 1975.

⁵² MOJL, C., *Skill and the English working class, 1870-1914*, Londres, 1980.

Otras redes sociales se difundieron desde el lugar de trabajo, que seguía siendo el núcleo de identidad para muchos hombres (en especial), y los lugares de trabajo se vieron asimismo afectados por la entrada de actividades lúdicas que resultaron ser la base del disfrute exterior. Patrick Joyce ha abogado por la centralidad de las experiencias laborales en la configuración de la cultura y la política de la clase obrera en el entorno de Lancashire, dominado (tal y como él lo observa) por patrones paternalistas y vínculos de unión entre hogar, pueblo-factoría y lugar de trabajo. Aun así, seguimos sin conocer demasiado y de forma directa, acerca de la experiencia viva del trabajo, más allá del perfil de estructuras autoritarias y de las presiones para la sumisión⁵³.

El debate sobre el mundo del trabajo incluye, a su vez, el reconocimiento de la importancia del género y la importancia del refuerzo de las estructuras de autoridad de los hombres en los lugares de trabajo en industrias como las del algodón, que contaban con gran cantidad de mujeres trabajadoras⁵⁴. Debemos también recordar la importancia continuada del trabajo doméstico a través de *sweated trades*, especialmente para las mujeres, que siguió siendo notable en Londres y en las ciudades costeras, al igual que en otras partes, y que provocó brotes de inquietud entre los reformadores, sobre todo, si tenemos en cuenta la relación entre los salarios ínfimos y la moral femenina⁵⁵. Es entre sectores de la población que quedaron fuera del ámbito de los sindicatos y otras organizaciones formales, donde podemos comprender de manera clara las estrategias de supervivencia alrededor de la familia, la calle y el vecindario.

Uno de los mayores avances en la historia social inglesa del último cuarto de siglo han sido las investigaciones acerca de los modos de salir adelante, que incluían la sucesión de trabajos estacionales o intermitentes, junto con la dedicación a prácticas comerciales a pequeña escala, el trueque, pequeños robos e intercambios esporádicos de servicios bajo modelos bien entendidos de reciprocidad. Esto ha puesto de relieve la importancia de las mujeres como mucho más que

⁵³ JOYCE, P., *Work, society and politics...*; WALTON, I K., *Lancashire...*, pp. 248-64.

⁵⁴ LOWN, J., *Women and industrialization*, Oxford, 1990; POOVEY, M., *Uneven developments*, Londres, 1989; JOHN, A. V., *Unequal opportunities*, Oxford, 1986.

⁵⁵ STEDMAN JONES, G., *Outcast London*; THEBLE, I H., *Urban poverty in Britain, 1880-1914*, Londres, 1979; SCHMIECHEN, J.A., *Sweated industries and sweated labor*, Londres, 1984.

«cancilleres del capital doméstico», vital, destacando la importancia fundamental de la distribución eficaz del limitado poder de compra, que se destinaba a la supervivencia doméstica. Cuestiones de este tipo han permitido a los historiadores entender la oposición de la clase obrera a las restricciones del trabajo infantil y a las imposiciones de educación obligatoria hacia finales de siglo. Las contribuciones infantiles a la economía familiar formales e informales fueron esenciales, especialmente para sacar a la gente de esa fase del ciclo de pobreza en la que los niños debían ser mantenidos y no podían contribuir al presupuesto familiar ⁵⁶. En este contexto, cobran especial importancia los debates sobre el control de la natalidad en los hogares de la clase obrera, en particular la coincidencia de esta práctica con los momentos de restricción legal del trabajo infantil o con las reducciones de la oferta de trabajo para éstos, en la primera década del siglo XX. Hubo además otro tipo de factores en juego, siendo éste un tema que ilustra la importancia de la interacción entre la demografía y este tipo de historia social ⁵⁷.

El análisis de las estrategias de supervivencia de la clase obrera revela la racionalidad de unas costumbres y unas prácticas que fueron consideradas por los analistas de la clase media como prueba de su ignorancia y depravación. Hubo muchos modos prácticos y psicológicos de sobrellevar y aminorar los problemas planteados por los salarios bajos e irregulares. Aceptar inquilinos fue una de las salidas más comunes llevadas a cabo, economizando espacio e intimidad, prioridades secundarias frente a la de los ingresos. El resultado podía ser el apiñamiento, pero la comida y el calor estaban asegurados. El espacio y la comodidad podían verse también sacrificados por el trabajo casero de las mujeres, que se dedicaron, por ejemplo, a lavar o a coser, y, en este sentido, el trabajo innovador de Iohn Benson ha revelado la existencia de una economía semioculta de pequeños negocios al por menor, de reparación y reciclaje que él denomina -de modo interesante pero controvertido- «el capitalismo del penique» ⁵⁸.

⁵⁶ FROW, E., *A survey of the half-time system in education*, Manchester, 1970; CAHDNEH, P., *The lost elementary schools of Victorian England*, Londres, 1984; RUBINSTEIN, D., *School attendance in London, 1870-1904*, Tlull, 1969.

⁵⁷ GATINS, D., *Fair sex...*; SECCOMBE, W., *Wealthing the storm...*

⁵⁸ BENSON, J., *The penny capitalists*, Dublín, 1983; MALCOMSON, P. E., *English laundresses: a social history 18.50-1930*, Urbana, Ill., 1986.

De manera significativa, estas prácticas fueron prohibidas en los «hogares modélicos», que eran otorgados por las organizaciones de la vivienda, también llamadas «filantropía del 5 por 100», que planteaba la posibilidad de proporcionar a las clases obreras urbanas una vivienda digna con un aceptable porcentaje de beneficio, pero sus rentas y nociones de comportamiento adecuado excluyeron a todos, salvo a obreros especializados con un trabajo continuo ⁵⁹. Frecuentes cambios de residencia, por lo general dentro de la misma zona para seguir en contacto con redes de apoyo e información, reflejaban el deseo de la gente por encontrar el alojamiento más barato posible y, en ocasiones, para escapar a las deudas de renta ⁶⁰. Estas prácticas fueron contempladas con recelo por los comentaristas que no tenían que hacer frente a situaciones que reflejaban necesidades tales como la compra de alimentos en pequeñas cantidades, de comida en comida, lo que significaba pagar un precio más alto, pero era la consecuencia lógica de la falta de espacio para almacenar los productos y de la vulnerabilidad a su degradación ⁶¹. Otras reacciones a problemas derivados de los ingresos bajos e inestables incluían la concesión de un crédito a través de usureros, que a juicio de comentaristas externos cobraban excesivas sumas de interés sobre pequeñas cantidades a corto plazo, además del recurso a los tenderos locales, que solían tener verdaderos problemas para cobrar deudas irrecuperables. Los vendedores ambulantes, conocidos como *Scotch drapers*, vendían patrones y cortes de tela a plazos, y también solían tener dificultades para recuperar lo que se les debía. El pago atrasado pasó a ser no-pagado ⁶². El uso sensato de un prestamista tenía su razón de ser: permitía a la gente almacenar bienes durante la semana, como un buen traje, y recuperarlos una vez que el sobre de la paga del fin de semana les proporcionaba una solvencia temporal, ayudándoles también a equilibrar la disponibilidad de dinero en efectivo durante la difícil segunda mitad de la semana ⁶³.

⁵⁹ TAHN, T. N., *Five per cent philanthropy*, Cambridge, 1973.

⁶⁰ DENNIS, H. J., *English industrial cities of the nineteenth century*, Cambridge, 1984; STEDMAN JONES, G., *Outcast London...*

⁶¹ ROBERTS, R., *The classic slum...*

⁶² WALTON, J. K., Y WILCOX, A. (eds.), *Low life and moral improvement in mid-Victorian England: Liverpool through the journalism of Hugh Shimmin*, Leicester, 1991.

⁶³ TEBBUTT, M., *Making ends meet: pawnbroking and working class credit*, Leicester, 1991.

Estos últimos temas se solapan a los modos en los que las familias se enfrentaban psicológicamente a la pobreza. Un método de ahorro popular consistía en adquirir artículos de consumo duraderos, tales como muebles resistentes, que podían ser disfrutados en tiempos de prosperidad, o empeñados o vendidos en tiempos difíciles. Esta era una práctica más atractiva que el concepto abstracto y más vulnerable en apariencia del ahorro bancario. Muchas familias preferían gastar más en la comida de los domingos, que se convirtió en una costumbre habitual para la clase obrera, aun cuando eso significara tener menos durante la semana: era una cuestión de principios y autoestima, y hacía que la gente lo esperara con ansiedad. La búsqueda de pequeños placeres y deleites, incluyendo los sabrosos y precocinados platos de pescado con patatas fritas, hacían la vida más llevadera, y lo que encontró una respuesta poco entusiasta fue la defensa que los asistentes sociales hicieron de las gachas con avena como comida barata, nutritiva y equilibrada ⁶⁴. En las áreas centrales más deprimidas de las ciudades el juego bien de las apuestas sobre caballos o sobre deportes más sangrientos como las peleas de perros, o de los juegos ilegales de cartas y monedas, tenía también su razón de ser: proporcionaba entretenimiento a la vez que ofrecía la posibilidad de obtener la cantidad global de dinero necesaria para costear una juerga o una compra deseada ⁶⁵. Más perjudicial era la bebida, que seguía siendo «la vía de escape más rápida de Manchester» y otras ciudades sombrías. En este caso en particular, aunque no siempre de modo exclusivo, el poder adquisitivo era consumido desproporcionalmente por los trabajadores masculinos a costa de sus familias ⁶⁶.

Uno de los indicadores clave de la pobreza relativa en la mayoría de las culturas de la clase obrera (aunque no en las ciudades algodóneras del condado de Lancashire), era la necesidad de que las mujeres trabajaran fuera del hogar ⁶⁷. El concepto comprometido de respetabilidad -importante pero a su vez evasivo- imponía la dependencia de la mujer al salario del cabeza de familia masculino, y es-

⁶⁴ ROSS, E., *Love and toil...*; WALTON, J. K., *Fish and chips...*

⁶⁵ CLAPSON, M., *A bit of a flutter: working-class gambling in Britain c. 1823-1961*, Manchester, 1992; CHINN, C., *Better betting with a decentfeller*, Hcmel Hempstead, 1991.

⁶⁶ ROBERTS, E. A. M., *A woman's place...*

⁶⁷ SAVAGE, M., *The dynamics of working-class politics*, Cambridge, 1987.

taba asociado a grupos más acomodados y con mayor solidez dentro de la clase obrera. Estos grupos tenían un mayor acceso a redes institucionales voluntarias que ofrecían asistencia médica y seguro de desempleo, protección en el mercado laboral, oportunidades de ahorro para fines deseados así como contra contingencias, educación y pasatiempos. Historiadores conservadores han afirmado que las Sociedades Amistosas, que ofrecían acceso a la atención médica mediante un pago semanal, proporcionaron lo que llegó a ser un servicio nacional de salud a partir de fondos privados en la Inglaterra victoriana. La mayoría de familias de clase obrera contaban con miembros en estas organizaciones, pero los beneficios fueron en directa proporción a los pagos semanales, estando además limitados en duración y a hombres adultos. Los enfermos no podían convertirse en socios. Hubo una gran tasa de mortalidad en pequeñas sociedades locales cuyos fondos eran más vulnerables al desfaldo, y muchas familias se mantuvieron como socios por el seguro de vida que garantizaba un buen funeral y un poco más de autoestima para los supervivientes ⁶⁸. La necesidad de la caridad o Ley de Asistencia Pública -que acarrearba un estigma- no iba más allá de más de unas pocas semanas para la mayoría de las familias obreras en la Inglaterra victoriana, y Paul Johnson acertó al destacar la seguridad como valor fundamental para aquellos miembros de la clase obrera que podían aspirar a ella ⁶⁹. A este respecto, los contactos a través de la iglesia o la «capilla» podían en este sentido servir de ayuda. Lo mismo ocurría con la pertenencia a sociedades cooperativas de venta al por menor, basadas en el modelo de los famosos Pioneros Rochdale, que brindaban oportunidades de ahorro dentro del consumo, comida sin adulterar, educación de adultos y, en ocasiones, bibliotecas ⁷⁰. Todos estos organismos, y algunos cercanos a ellos, ofrecían culturas asociativas caracterizadas por excursiones en grupo, comidas y rituales compartidos a fin de au-

⁶⁸ COSDEN, P. J. J. J., *Self-help*, Londres, 1973; JOHNSON, P., *Saving and spending: the working-class economy in Britain 1870-1939*, Oxford, 1985; GREEN, D. C., *Working-class patients and the medical establishment*, Londres, 1985; CROSSICK, G., *An artisan elite in Victorian society*, Londres, 1978.

⁶⁹ JOHNSON, P., *Saving and spending...*

⁷⁰ PLIHVIS, M., «The development of co-operative retailing in England and Wales, 1815-1901», en *Journal of Historical Geography*, núm. 16, 1990, pp. 314-31; *North-West Labour History Society*), número especial sobre el movimiento cooperativista, 19, 1994-5.

mentar el sentimiento de conciencia colectiva. Podían capacitar a los individuos a precaverse contra las calamidades y a salir adelante por sí mismos, pero lo que les daba su carácter distintivo era la ayuda mutua colectiva. Paradójicamente, a comienzos del siglo XX, el creciente papel del Estado en este tipo de ayudas debilitó gradualmente la vitalidad de estas organizaciones, aunque el movimiento cooperativista, por ejemplo, siguió creciendo hasta la Segunda Guerra Mundial.

Una versión inglesa de la historia de la vida cotidiana también se extiende sobre cuestiones de ocio, cultura y consumo. La historia social del tiempo libre ha sido un asunto especialmente característico de la historiografía inglesa. Ha abarcado ternas como el suministro para los crecientes mercados urbanos de la clase obrera, desde el teatro de variedades hasta el deporte profesional, pasando por las típicas vacaciones en la costa, cuando estos fenómenos surgieron a mediados del siglo XIX y tuvieron un rápido crecimiento debido al aumento del poder adquisitivo (particularmente pero no exclusivamente entre los hombres), durante la última caída de los precios en la época victoriana. En el siglo XX, nuevas formas comerciales de ocio, en especial el cine, han atraído constantemente la atención ⁷¹. Los contemporáneos se mostraron preocupados por el hecho de que esta oferta comercial fuera a debilitar la energía y la moral de sus consumidores, preocupaciones que hace tiempo estuvieron vinculadas a la vieja cultura popular de los bares, ferias y festividades que sobrevivieron junto a nuevas formas de diversión. Patronos y organizaciones religiosas rivalizaron en la organización de atracciones propias denominadas «pasatiempos racionales»: parques, bibliotecas, deportes atléticos y juegos, con el fin de entretener a los trabajadores y alejarlos de placeres asociados al alcohol y los peligros morales. Sin embargo, éstas sólo tuvieron un éxito relativo ya que los consumidores a menudo escogían de este menú lo que les interesaba y lo añadían a sus otras actividades. La policía y cuerpos gubernamentales locales in-

⁷¹ COLBY, I. M., Y PIIHDJE, A. M., *The civilizational all the crowd*, Londres, 1984; BAILEY, P., *Leisure and class in Victorian England*, Londres, 1978; *Music hall: the business of pleasure*, Milton Keynes, 1986; VAMPLEW, W., *Pay up and play the game*, Cambridge, 1988; WALTON, I. K., «The demand for working-class seaside holidays in Victorian England», en *Economic History Review*, núm. 34, 1981, pp. 249-65; RICHARDS, I., *The age of the lite dream palace*, Londres, 1984; TONES, C. S., *Workers at play*, Londres, 1986.

tervinieron de modo activo para controlar y regular el ocio de la clase obrera. Mientras tanto, hacia finales de siglo, el emergente movimiento socialista comenzó a preocuparse por la aparición de una cultura de consolación y entretenimiento entre la clase trabajadora, impulsada por los disfrutes populares y que predicaba la aceptación de la suerte de cada uno, marginando las observaciones políticas y la crítica social⁷². Estas fueron preocupaciones constantes a comienzos del siglo XX y se extendieron al tiempo libre doméstico, menos visible para los historiadores, pero que está siendo revelado hoy día a través de la historia oral, la cual permite hacer más evidente el ocio de las mujeres (concepto indudablemente ambiguo antes de la Segunda Guerra Mundial), puesto que éstas habían sido importantes consumidoras de cine y de los salones de baile durante el período de entreguerras⁷³. Estudios recientes sobre la literatura popular, el teatro de variedades, los hobbies y el cine, han intentado recuperar el significado que tenían los disfrutes populares para los espectadores y los participantes, prestando especial atención al lenguaje y a los modos de representación. Al final, en términos económicos, las cuestiones clave giraban en torno al hecho de hasta qué punto la oferta comercial, tanto en la esfera pública como en la privada, estaba encaminada a ofrecer un programa de distracción o control social, o dirigida a servir a la demanda, dando al público lo que pedía⁷⁴. Estos temas están siendo abordados a partir del interés más amplio y creciente hacia el consumismo popular, y cabe esperar que las respuestas no serán sencillas.

El interés de los gobiernos central y local con respecto al ocio, refleja la unión entre pasatiempos populares y orden público en las mentes oficiales. El crimen y el orden público han sido dos grandes preocupaciones en los últimos años para los historiadores de la vida de la clase obrera inglesa, y ha habido un gran interés, tanto por establecer modelos de infracción en las ciudades victorianas, como por valorar la viabilidad de enfoques estadísticos aplicados a la historia del crimen. Actualmente reina el escepticismo sobre las fuentes estadísticas, a pesar de los intentos de Gatrell por afirmar un descenso

⁷² BAILEY, P., *Leisure and class...*; WATERS, C., *British socialists and the politics of popular culture*, Manchester, 1990; TAYLOR, JI., «The ideological evolution of an outdoor movement in Britain», tesis doctoral de la Universidad de Lancaster, 1993.

⁷³ MLJHFIN, G. L., *Popular leisure...*

⁷⁴ GOLBY, I. M., YPIHDIJE, A. W., *Civilization...*; CUNNINGHAM, JI., *Leisure in the Industrial Revolution*, Londres, 1980.

real de la incidencia del robo y la violencia durante la segunda mitad del siglo XIX a partir de tales fuentes 75. Variaciones geográficas y cambios asociados al paso del tiempo tanto en las prácticas policiales, como los informes y las clasificaciones, socavan los intentos de establecer tendencias, y la violencia doméstica fue sólo el ejemplo más visible de varios tipos de crimen que no fueron registrados o que, en todo caso, fueron tratados de modo informal por los vecinos. Pueden identificarse una serie de discursos y climas de opinión variables con respecto al crimen, pero los niveles verdaderos de su existencia siguen estando ocultos 76. Lo que parece claro, por el contrario, es que gran parte de los crímenes registrados tenían que ver con robos esporádicos de poca monta, tanto contra los vecinos como contra los patrones. Se trataba, sin duda, de una extensión de las estrategias de supervivencia de los pobres, bien urbanos bien rurales, y la caza y la pesca furtivas también entraron en esta categoría 77. Aquí, como en otras partes, se dio un conflicto entre definiciones legales y definiciones habituales o populares de los conceptos de propiedad y buen comportamiento, ya que lo que la ley entendía por robo bien pudiera entenderse como el uso legítimo de una propiedad común por parte de los ladrones. El descubrimiento de tales actitudes ha sido una característica importante en la historia social de la vida cotidiana. Como resultado de las investigaciones se ha puesto de manifiesto que la obsesión de la policía, periodistas y observadores sociales por los submundos criminales en las grandes ciudades, era exagerada y tergiversadora. Estos submundos eran equivocadamente considerados como sociedades alternativas en lucha constante contra el orden establecido, la propiedad y la moral convencional, además de nidos de vicio y enfermedad. Lo cual no era óbice para que existieran pequeños grupos de criminales profesionales y de gánsteres 78.

Otro de los temas importantes en estudios ingleses recientes ha sido el interés de los historiadores por el concepto de alteridad, en la forma de minorías étnicas y grupos estigmatizados de la población. Dentro de esta vertiente se han examinado modelos de residencia,

75 GATRELL, V. A. C., et al. (eds.), *Crime and the law...*

76 SINDALL, R., *Street violence in the nineteenth century*, Leicester, 1990.

77 PHILIPS, D., *Crime and authority...*

78 DAVIES, J., «Jennings' Buildings and the Royal Borough», en FELDMAN, D., Y STEDMAN JONES, G., *Metropolis: London...*; SAMUEL, R., *East End underworld 2: Chapters in the Life of Arthur Harding*, Londres, 1981.

transmisión cultural y de supervivencia, instituciones formales e informales y modos de vida, y cómo se perciben estos grupos desde fuera. El interés por las barriadas y los submundos es parte de este proceso. Los irlandeses también han constituido un objetivo particular de estudio, dado su número y notoriedad, su predominante catolicismo y su asociación con la violencia sectaria y política hacia la mitad del periodo victoriano ⁷⁹. También han sido objeto de observación los gitanos, los judíos y los negros, y se ha analizado la creación de estereotipos sobre ellos en base a los estudios de sus propias comunidades. Del mismo modo, los inmigrantes italianos han sido observados por este microscopio ⁸⁰. Por otro lado, las prostitutas han visto revalorizarse su lugar dentro de la clase obrera y se han puesto de relieve problemas de clasificación e identificación. La prostitución fue parte de la vida de la clase obrera, en igual medida que el crimen, no separada en submundos distintivos, y para mucha gente fue una etapa en el ciclo de la vida, además de una estrategia de supervivencia preferible a los hogares para pobres de la Ley de Asistencia Pública. Tales percepciones estorbaron a aquellos victorianos y propagandistas que querían ver estos problemas en blanco y negro ⁸¹. Junto a todo esto, cobra especial atención la creación de identidades homosexuales ⁸². El estudio de otra historiadora americana, Judith Walkowitz, ha sido especialmente influyente en estos temas, y su *City of dreadful delight* tiene un valor especial por sus incursiones en las luchas por el espacio urbano, donde los territorios podían compararse o las fronteras eran traspasadas por individuos de estilos de vida diferentes y culturas opuestas y contrarias, algunas de las cuales necesitaban de las otras ⁸³. Lugares de conflicto semejantes e igualmen-

⁷⁹ SWIFT, R., y GILLEY, S. (eds.), *The Irish in Brtáin 1815-1939*, Londres, 1989; DAVIS, G., *The Irish in Brtáin 1815-1914*, Dublín, 1991.

⁸⁰ MAYALL, D., *Gypsy-travellers in nineteenth-century society*, Cambridge, 1988; WILLIAMS, B., *The making of Manchester Jewry 1740-1875*, Manchester, 1976; FRYER, P., *Staying power: the history of black people in Brtáin*, Londres, 1984; SPONZA, L., *Italian immigrants in nineteenth-century Brtáin*, Leicester, 1988; PANAYI, P., *Immigration, ethnicity and racism in Brtáin 1815-1945*, Manchester, 1994.

⁸¹ WALKOWITZ, J. I., *Prostitution and Victorian society*, Cambridge, 1982; FINNEGAN, F., *Poverly and prostitution*, Cambridge, 1979.

⁸² WEEKS, J., *Sex, politics and society*, Londres, 1980; DAVENPORT-HINES, R., *Sex, death and punishment*, Londres, 1990.

⁸³ WALKOWITZ, J. I., *City of dreadful delight*, Londres, 1992.

te reveladores pueden hallarse en puntos de recreo, así como en el West End de Londres ⁸⁴.

4. Conclusiones: Situación actual y perspectivas

En conclusión esta colaboración ha sido una parcial reconsideración temática de una rica y variada producción literaria. Quizás debería haberse expuesto algo, por ejemplo, sobre el universo en expansión de textos sobre asistencia médica, medicina popular y nociones del cuerpo, o sobre las experiencias populares en la enseñanza frente a la política de la administración en este ámbito ⁸⁵ La alfabetización y sus usos en la cultura popular constituye otro gran tema ⁸⁶. Pero ya se ha dicho bastante para probar la vitalidad del trabajo actual en el campo ampliamente definido de la historia de la vida cotidiana.

El impacto de este tema en una historiografía inglesa más extensa resulta problemático. El trabajo reciente de Adrian Wilson sobre una aproximación a la historia social de Inglaterra no parece tomar contacto en absoluto con él, a pesar de arrojar una serie de ideas estimulantes sobre nuevas tendencias y posibilidades. Wilson define la historia social como una «historia del pueblo» anterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando se la consideraba una tendencia minoritaria, ajena a lo académico y asociada a la izquierda. La única profesional de algo denominado la historia de la vida cotidiana que él cita, es Dorothy George, cuya dilatada carrera desde los treinta a los setenta nunca se cruzó con los History Workshop ni con sus seguidores ⁸⁷. No se menciona nada posterior. Este extraño vacío bien puede reflejar la propia experiencia de Wilson en la historia social de la medicina correspondiente a los siglos XVII y XVIII, y sólo una de los colaboradores del libro, Philippa Levine, trata de los siglos XIX y XX. SU ensayo acerca de la prostitución atrae la atención sobre la nece-

⁸⁴ WALTON, J. K., *The English seaside resort: a social history 17.50-1914*, capítulo 8, Leicester, 1983.

⁸⁵ BAHHOW, L., *Independent spirits*, Londres, 1986; OWEN, A., *The darkened room*, Filadelfia, 1990; COOTER, H. (ed.), *Studies in the history of alternative medicine*, Londres, 1988.

⁸⁶ VINCENT, D., *Literacy and popular culture*, Cambridge, 1989.

⁸⁷ WILSON, A., *Relhinking...*, p. 12.

sidad de construir lazos entre el estudio de un caso particular y el panorama general, y a la importancia de repolitizar la historia social a través del diálogo con las preocupaciones de la historia política, siendo esto algo útil y necesario bajo mi punto de vista⁸⁸. Los mejores trabajos en el marco de la historia de la vida cotidiana hacen precisamente esto: un buen ejemplo es el estudio de Mike Savage sobre política y comunidades locales en Preston, tratando de explicar los vaivenes políticos del Partido Laborista en términos de asuntos cotidianos acerca de provisión de viviendas, empleo y sexo, y del ejercicio del poder en las familias y los lugares de trabajo, así como a nivel del vecindario, distritos, ayuntamientos y elecciones parlamentarias⁸⁹. Pero hay que hacer más cara a profundizar en estas relaciones y atraerlas a la atención de otros.

La vitalidad de una tradición historiográfica inglesa que pudiera ser fácilmente denominada historia de la vida cotidiana, es constante y patente, y resulta molesto hallarla marginada en un estudio titulado *Rethinking social history*. Dentro de la propia historia social, la «historia de la vida cotidiana» ha estado en los márgenes de una disciplina cuya orientación estaba dirigida, en gran parte, hacia la tradición marxista inglesa (donde han destacado los legados de Thompson y Hobsbawm) y hacia la importación de teorías y enfoques de las ciencias sociales. Desde esta perspectiva, gran parte de la historia de la vida cotidiana parece pagar por su calidad de accesible y su interés inherente al estar aparentemente subteorizada e incluso aparecer como anticuaria dada su preocupación por recuperar lo particular, lo local y lo concreto. Parece tarea fácil para los historiadores que operan en el paradigma dominante de la historiografía del Estado tratarla con condescendencia, como si fuera el ejemplo llamativo de una historia con la política olvidada, en la expresión atribuida a Trelvelyan y que ha obsesionado a la historia social inglesa. La historia económica tiende a considerarla un pariente pobre, carente de rigor analítico. Este tipo de prejuicios son infundados pero duraderos, y han restringido el impacto de los estudios de la historia de la vida cotidiana en la construcción de amplias síntesis que atravesaran los departamentos de la profesión. Mientras tanto, los temas de moda en ciertos lugares de discusión, como la deconstrucción del sujeto y el

⁸⁸ WILSON, A., *Rethinking...* p. 268.

⁸⁹ SAVAGE, M., *Dynamics...*

giro lingüístico, han tendido a apartar la historia de la vida cotidiana de la atención general de la que disfrutaron en las décadas de los setenta y los ochenta de este siglo, o al menos han conseguido empujar su programa hacia direcciones más individualistas y biográficas ⁹⁰. Con todo, sigue habiendo mucha vida en los enfoques y metodologías debatidos en este artículo.

⁹⁰ Boyl, K., y MCWILLIAM, II., «Historical perspectives on class and culture», en *Social History*, núm. 20, 1995, pp. 93-100; KIRK, N., «History, language, ideas and post-modernism: a materialist view», en *Social History*, núm. 19, 1994, pp. 221-40; JOYCE, P., «The end of social history?», en *Social History*, núm. 20, 1995, pp. 73-91.